



definitivo, en vez de haber sido por de pronto una detencion provisional; mas es tambien muy cierto que «esa declaracion la exigia imperiosamente las prácticas de toda declaracion de guerra, y la falta de este requisito es precisamente lo que forma la diferencia entre hostilidades legítimas y un injustificable acto de piratería.» Una línea, á veces imperceptible, separa al duelista del asesino; al que adquiere legítimamente una propiedad, del salteador de caminos.» En otra parte dice el mismo escritor: «Mil veces mejor nos fuera devolver esos caudales; y dar diez veces tanto encima, con tal que laváramos el baldon que ha caído sobre nuestras armas.»

La consideracion de que al mismo tiempo que esta orden bárbara se ejecutaba, en España estaban mereciendo los súbditos ingleses todas las deferencias de una cordial amistad, exasperó la indignacion del país, que clamó unánime por la guerra. La corte, sin dejar de sentir su misma irritacion, se mostró ménos ardorosa al extender su vista por las provincias y examinar el estado del tesoro. Andalucía entera gemia aterrada bajo el azote de la fiebre amarilla, más que nunca encrudecida; las dos Castillas sufrían el de unas calenturas malignas cuya generalidad tenía como espantados á los pueblos; Vizcaya se conmovía creyendo en peligro sus fueros con motivo de un nuevo puerto, protegido por Godoy, que debía perjudicar al de Bilbao; las demas provincias se veían amenazadas por el hambre, ocasionada por los rigores de la naturaleza, que vino á juntar los estragos de un violento terremoto en la costa meridional para aumentar el pavor y la angustia de los ánimos. La supersticion, atribuyéndolo todo á la indignacion del cielo, enojado por la venta de los bienes de obras pías y la corrupcion de la corte, completaba este cuadro desconsolador. El gobierno temía además los gastos de una guerra con la primera potencia marítima de Europa, teniendo que renunciar por mucho tiempo á continuar la obra vital de la amortizacion de la deuda, en trescientos millones de reales. Abatido por este fatal cúmulo de circunstancias, pasó más de un mes en negociaciones con el gabinete de San James confiando en una reparacion decorosa, hasta que

su altanería y las interesadas excitaciones de la Francia le obligaron á hacer la declaracion de guerra. Hizose sin las solemnidades de estímulo, ordenando el embargo, en represalia, de las propiedades de los súbditos ingleses en todos sus dominios, y convidando á los particulares á armarse en corso contra la Gran Bretaña con las facultades más amplias y sin exigirles parte alguna para el Estado, como en otras ocasiones, de las presas que hiciesen (12 Diciembre).

La corte de Madrid, precisada por la indignacion del país á declarar la guerra, se echó completamente en brazos de Napoleon. Un tratado que ha permanecido secreto hasta nuestros días, contenía la explicacion de la actividad que entonces se desplegó para vengar, en la apariéncia, el honor mancillado de España, mas en la realidad, para ampliar las órdenes del emperador, tan soberano en Madrid como en Paris. Él fué quien concibió el plan de campaña que con los recursos de sus auxiliares iba á desplegar; él quien distribuyó los contingentes de tropa; él quien designó el número y la clase de fuerzas. España debía tener dispuestas para salir á la mar, y tuvo en efecto, antes de tres meses, tres escuadras: una en el Ferrol de ocho navíos, siete á lo ménos, y cuatro fragatas; otra en Cádiz de quince navíos, doce á lo ménos, y otra en Cartagena de seis; formando un total de veinticinco á veintiseis navíos y cuatro fragatas. Todos estos buques debían ir provistos de víveres para seis meses y de agua para cuatro; ser dotados con cuatro mil hombres más de infantería á doscientos cartuchos por plaza, con veinte piezas de artillería de campaña y cuatrocientos soldados de caballería. En la escuadra de Cádiz debían ser embarcados además veinticinco mil hombres. Firmado el convenio, el pundonoroso embajador Azara, enojado de la humillacion que en él se imponía á España, puso al pié una nota, que podia servir de excusa al cumplimiento; pero Godoy escribió tras ella la ratificacion ofreciendo hacer aún más de lo que en el convenio se estipulaba.

¿Qué motivaba esta generosidad? S. M. el emperador, decía un artículo, garantiza á su majestad católica la integridad de su territorio



de España y la restitution de las colonias que pudieran serle tomadas en la guerra actual; y, si la suerte de las armas, á una con la justicia de la causa que defienden las dos altas potencias contratantes, procura resultados de importancia á sus fuerzas de tierra y mar, S. M. el emperador promete emplear su influjo para que sea restituida á S. M. C. la isla de la Trinidad, y tambien los caudales apresados por el enemigo con las tres fragatas españolas de que se apoderó antes de declarar la guerra.» Pero obsérvese que áun esos beneficios están dependiendo de esta condicion con que empieza el artículo: «En consideracion á que los argumentos de S. M. C. estarán prontos y listos á salir á la mar para la época fija de 30 ventoso..... su majestad el emperador garantiza, etc.» ¡Qué oprobio! ¡La misma España que tres años despues asombró al mundo con su heroísmo aparecer mendigando su conservacion!

Holanda sufría iguales humillaciones. El plan de Napoleon, atrevido como todas sus concepciones, era alejar á Nelson de Europa por medio de una falsa expedicion á las Antillas, y desde allí, burlando su vigilancia, volver de repente sobre las islas británicas y efectuar el desembarco de las tropas á cuyo frente debía el emperador emprender la conquista. Toda Europa fijó los ojos en esta expedicion gigantesca.

El 30 de Marzo de 1805 zarpó de Tolon el almirante Villeneuve con once navíos, siete fragatas y dos bergantines, y el 9 de Abril se presentó al frente de Cádiz á recoger la escuadra española que debía obrar á sus órdenes. Componíase de seis navíos, y la mandaba uno de nuestros mas acreditados marineros, el malogrado general Gravina. Juntas las dos banderas, partieron con rumbo á la Martinica, donde se le reunieron á Villeneuve otras embarcaciones que hicieron elevar á veintinueve velas el número de la escuadra combinada.

Veinte dias permaneció en la Martinica sin hacer otra cosa que apoderarse del fuerte del Diamante, en cuya operacion «el primer bote que atracó á tierra bajo una lluvia de balas y de metralla fué una lancha del almirante Gravina.» Al fin levó anclas con rumbo á la Gua-

dalupe, y el 8 de Junio, navegando á la vista de la Antigua, apresó un convoy enemigo, escoltado por una sola corbeta, que se valuó en treinta y ocho millones de reales. Los papeles públicos que Villeneuve encontró en los buques apresados le informaron de que Nelson había partido tras él con sólo nueve navíos y se hallaba á la sazón en la Barbada con dos más del almirante Cochrane. Tal fué la turbacion y pavor que la idea de tener tan cerca al enemigo le causó que, á pesar de la superioridad que todavía le llevaba, sin querer volver á las Antillas francesas á dejar las tropas que allí había tomado y el convoy, pegó fuego á éste, habiéndole cuatro fragatas á la Martinica con sus tripulaciones y parte de aquéllas, y con el resto tomó precipitadamente la vuelta de Europa.

Tan mal emprendió el derrotero que, en vez de dirigirse al punto designado por sus instrucciones, se vió obligado, al avistar las islas Terceras á atracar á la costa de España por la contrariedad de los vientos. Declarada una enfermedad en los equipajes, ya no pensaba más que en aportar á Cádiz para reponerse, y sólo las instancias del general Lauriston, pudieron persuadirle á avanzar el rumbo siquiera hácia el Ferrol. Caminando en esta direccion se encontró el 22 de Julio sobre el cabo de Finisterre la escuadra del almirante Calder, á quien Nelson, al saber el regreso de Villeneuve había ordenado con su maravillosa prevision de genio que, suspendiendo el bloqueo del Ferrol, en que se ocupaba, cruzase á su altura para cortar el paso. Con este objeto recibió un refuerzo que hizo llegar sus velas á un número casi igual al de la escuadra combinada, pero superior en calidad.

Mientras ésta, siguiendo la antigua táctica, trató de poner de su parte la ventaja de la situacion de barlovento, Calder procuró repetir la maniobra que había dado la victoria á Rodney y á Nelson en 1780 y en Abukir, que era cortar la línea contraria ó doblarla para cogerla entre dos fuegos. Comprendido por Villeneuve, dió las órdenes oportunas para evitarlo; pero procedió con tanta lentitud, á pesar de las excitaciones del Lauriston, que hasta las tres de la tarde no tuvo formada su línea. Había



una densa neblina; Calder, no habiendo percibido este movimiento, siguió en su propósito y fué á doblar por la vanguardia, ocupada por los navíos españoles: allí estaba á la cabeza Gravina «que era todo genio y decision en el combate.» Sin esperar la señal de momento del general en jefe, se lanza sobre la vanguardia enemiga y traba un vigoroso combate á medio tiro de cañon, que la perplegidad de Villeneuve no permitió se extendiese mas allá de la mitad de la línea. Creyendo hacer bastante con pelear briosamente, no daba disposicion alguna para librar á la mayor parte de su escuadra de la vergüenza de verse en la inaccion en tanto que «los españoles se batian como leones.» Tres de los navíos de éstos, el *Firme*, el *San Rafael* y el *América*, no pudiendo gobernar por haberseles destruido casi toda la arboladura en el combate, se caian sobre el enemigo: Lauriston, que oía á los oficiales de su escuadra aconsejar el movimiento adelante para incorporarse á estos dos navíos desamparados, instó á Villeneuve para que diese la señal; pero Villeneuve se negó á dar la orden que todos le pedian. Así la escuadra francesa no hizo en su mayor parte, aunque á su pesar, otro papel que el de testigó y admirador del denuedo de los españoles, que al anochecer seguian batiéndose á medio tiro de cañon. Cesó el fuego á las nueve de la noche por haberse separado el enemigo muy maltratado, y la mañana siguiente se supo que se llevabados de los navíos españoles desamparados. El francés Pluton habia hecho esfuerzos honrosos para salvar los tres; pero sólo pudo conseguirlo con el *América*. Los otros dos, habiendo ido á dar sobre la línea enemiga, pelearon bizarramente toda la noche hasta que, persuadiéndose de que no serian socorridos, sin palos y acribillados á balazos, arriaron la bandera.

La indignacion de la marina francesa estalló entonces sin mesura contra su general, á quien pidió á voz en grito ir al alcance del enemigo, que se alejaba á todo trapo. Aún era tiempo de que Villeneuve salvase su honor y el de la Francia porque el viento era favorable; pero no cedió todavía al clamor general hasta las doce, hora en que calmó el viento, y ya fué imposible dar alcance á un enemigo interesado

principalmente en salvar su presa. Al otro dia, viéndole muy distante y que el viento se habia vuelto contrario, ordenó la retirada á la ria de Vigo, donde fondeó el 27 de Julio.

Villeneuve era un marino valiente y entendido, pero irresoluto, tardo en los movimientos, turbado en medio del combate y, como decia Gravina, que pesaba el pró y el contra de las cosas como quien pesa el oro sin dejar nada á la fortuna. Esto explica suficientemente su conducta en la expedicion á las Antillas, en el combate y despues de la retirada, que vino á ser causa de la grande catástrofe que arruinó la marina española.

Cuatro dias despues de su arribada á Vigo se hizo á la vela la escuadra combinada con direccion á la Coruña y el Ferrol, donde penetró burlando la vigilancia de la de Calder, que habia vuelto ya á establecer el bloqueo. Allí encontró instrucciones de Napoleon indicándole cuatro partidos que poder seguir, y sin embargo de ellas y del respeto ó miedo más bien que tenía al emperador, el que adoptó fué el que no hubiera éste imaginado jamás: se dirigió á Cádiz, adonde llegó el dia 20 de Agosto. Cuando Napoleon, que habia seguido lleno de zozobra paso á paso á la escuadra combinada, porque de ella dependian todos sus planes contra su formidable enemigo, tuvo noticia de este movimiento, el enojo que poseia su ánimo desde que supo la conducta de Villeneuve en el combate de Finisterre estalló en un violentísimo furor, que dejó salir de sus labios la palabra *traidor*. No lo era ciertamente su general; pero en el primer acceso de ira no quiso dar oídos sino á ella, y ordenó á su ministro de marina le formulase una acusacion sobre los siguientes cargos, que le dictó él mismo y la historia adopta: «1.º No ha desembarcado en la Martinica y en la Guadalupe el 67º regimiento y las tropas que el almirante Magon tenía á su bordo; 2.º ha expuesto esas colonias, no enviando con las cuatro fragatas mil y doscientos hombres de preferencia entre las guarniciones; 3.º se ha conducido mal en el combate del 22 de Junio volviendolo á atacar una escuadra que llevaba dos navíos á remolque; 4.º llegado al Ferrol, abandonó la mar al almirante Calder cuan-



do estaba para llegar una division de cinco navíos, y no ha cruzado al frente del Ferrol hasta la llegada de esa division; 5.º se le ha hecho saber que la escuadra veia navíos enemigos que se llevaban la fragata *Didon* á remolque, y nada ha hecho para dar caza á esos buques y rescatar la fragata; 6.º salió del Ferrol el 14 de Agosto y en vez de venir á Brest, se ha dirigido á Cádiz, faltando así á mis instrucciones positivas; 7.º por último, ha sabido que la escuadra de Lallemand debia ir á Vigo para recibir órdenes, y ha dado la vela del Ferrol sin dejar nuevas órdenes á este oficial, habiéndole, al contrario, hecho entregar instrucciones enteramente opuestas que comprometian esta escuadra, pues la mandaba que se dirigiese á Brest mientras él, Villeneuve, se dirigia á Cádiz.

Al mismo tiempo Napoleon mandaba á su ministro escribir á Gravina en unos términos que no reproduciríamos si no fuesen la demostracion más irrecusable de la ingratitud con que algunos historiadores franceses han premiado los servicios y el heroísmo de nuestros valientes marinos. «S. M. le decia, ha visto con una viva satisfaccion la conducta brillante que vos, señor almirante, y toda la escuadra española tuvo en el combate del 3 de thermidor; su majestad no se expresa jamás respecto á vos sino con las demostraciones de una particular estimacion: cuenta especialmente con vuestro celo, vuestro talento y vuestro conocido valor.»

Napoleon, empero, no procedió como debia contra Villeneuve cuando supo su conducta en el combate, y esta consideracion, extraña en quien tantos cálculos veia por ella malogrados, fué causa de mayores desastres. Cesó la buena armonía que se habia podido sostener hasta entonces entre franceses y españoles; éstos decian en alta voz que habian sido cobardemente abandonados; y los más pundonorosos de aquellos no se atrevian á vindicarse siendo los primeros en murmurar de su general. La indignacion se propagó por toda España manifestándose en los términos más enérgicos. «Cuando Villeneuve fondeó en Cádiz, sus buques carecian de víveres, y más de municiones; el príncipe de la Paz expidió al momento órdenes para poner

á la disposicion del almirante todos los recursos del arsenal de la Carraca; el intendente de marina de Cádiz y el comandante de artillería se negaron á dar cumplimiento á las instrucciones que tenian, y declararon que nada saldría de los almacenes puestos á su cuidado si el almirante no depositaba en sus arcas el valor de los efectos que entregaran, no en letras sobre Paris, sino en dinero efectivo. El embajador Beurnonville, al recibir la noticia de estas oposiciones, sacaba del príncipe de la Paz nuevas órdenes; mas allá encontraban nuevas dificultades, y la resistencia era general.»

El mismo Gravina, apénas llegó á Cádiz y notó estos síntomas de irritacion, se presentó en Madrid para hacer tomar al valido la única resolucion capaz de preservar nuestra escuadra de mayores quebrantamientos, cual era la de negarse á dejarla continuar bajo el mando de Villeneuve, haciendo depender de esta medida la salvacion de nuestra marina y del honor nacional, comprometidos en Finisterre por la «impericia y excesiva pusilanimidad» de Villeneuve.

El temor de Godoy á desagradar á Napoleon era tanto, que habiéndole preguntado luego el mismo Gravina cómo deberia obrar en el caso de encontrar á la escuadra inglesa auxiliada por otras de potencias amistadas con España, si considerarlas tambien como enemigas ó permanecer neutral abandonando á la francesa á sus propios esfuerzos, la respuesta se redujo á esta frase final de su oficio: «Vaya V. E. en la forma que hasta aquí para batir á los enemigos.» ¿Mas quiénes eran éstos para España? ¿los que lo fuesen de la Francia? Gravina habia previsto ya este caso hallándose de embajador en Paris y pasado sobre él una nota á Talleyrand, que recibió esta contestacion terminante: «Si durante la guerra actual otra potencia que la Inglaterra llegase á declararse contra la Francia, S. M. I. consiente que la España continúe en mantenerse neutral respecto á esta nueva potencia.» Pero esta contestacion la habia dado hacia meses el ministro de un soberano que acostumbraba no respetar compromisos de tal naturaleza; y lo que justifica la inoportunidad de la consulta es que con fecha casi



igual mandaba Napoleon comprender en las hostilidades á los rusos y napolitanos. Godoy, pues, y Villeneuve fueron los causantes del gran desastre que aniquiló nuestra heroica marina.

La noticia de la entrada de Villeneuve en Cádiz, cuando con la más viva ansiedad se estaba esperando la de su llegada á Brest, puso el colmo á la irritacion del emperador hasta entonces engañado y calmado por su ministro de marina Mr. Decres. «Su amigo de V., le dijo al fin un dia, es demasiado cobarde para salir de Cádiz,» y en el acto ordenó su separacion. Cuando Villeneuve supo que habia llegado á Madrid el vice-almirante Rosilly, nombrado para sucederle, y leyó en el *Moniteur* estas terribles palabras para un hombre de pundonor. «Sólo falta á la marina francesa un hombre de arrojo y sangre fria,» acabó de perder la serenidad, y se apoderó de él la desesperacion. «Si á la marina francesa sólo ha faltado arrojo, como pretenden, escribió al ministro, en breve quedará el emperador satisfecho, y puede contar con sucesos del mayor lustre.»

Era á principios de Octubre; preocupaba los ánimos la falsa voz de un ataque que los ingleses intentaban contra la plaza; y en esta persuasion llenó de sorpresa á toda la escuadra y á Cádiz la señal hecha por la capitana de estar prontos á dar á la vela. Antes, empero, de ejecutar los designios que al parecer tenía premeditados, escribió á Gravina suplicándole que concurriese con los generales subalternos de su mando y los tres comandantes que gustase nombrar, á un junta en que se trataría, no tan sólo de la eleccion del momento favorable para dar la vela y medios de verificarlo, sino tambien de lo que pudieran exigir las circunstancias con arreglo á los avisos que se tenían del enemigo y de sus designios. Acompañaron á Gravina el teniente general Alava, los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, y los brigadieres capitanes de navío Galiano y Churruca. Villeneuve estaba rodeado en su cámara de los contra-almirantes Dumanoir y Magon, y los capitanes de navío Cosmao, Maistral, Villegris y Perigni. Lo que pasó en este consejo no consta oficialmente; pero se sabe de una manera

no ménos auténtica por manifestaciones de los mismos que á él asistieron. Los franceses, ansiosos de desquitar la honra que habian perdido en el combate de Finisterre, fueron de parecer que se debía, no esperar, sino atacar al enemigo. Los españoles, por el contrario, habiendo entonces cumplido su deber, se desentendieron de esa consideracion personal, y desaprobaron la salida con razones, para espíritus más serenos, decisivas. «Los más valientes de las dos escuadras, dice el mismo Mr. Thiers, declararon que presentarse inmediatamente al enemigo en el estado de la mayor parte de los buques, era una imprudencia de las más peligrosas. Que la escuadra al salir del puerto, encontraría una escuadra inglesa igual ó superior en fuerza, y sería infaliblemente destruida; que más valía esperar una ocasion favorable, como una separacion de las fuerzas inglesas, y en ese tiempo terminar la organizacion de los navíos armados en último lugar.» Pero esta opinion, que el escritor francés atribuye á los más valientes, fué unánime de todos los españoles. La de Churruca, conservada religiosamente por un objeto de su cariño prueba que este malogrado marino era tan prudente y visor en el consejo, como decidido y valeroso en el combate. «No apruebo, dijo ya entre sus compañeros, la salida de la escuadra combinada del puerto, porque está muy avanzada la estacion y los barómetros anuncian mal tiempo: no tardaremos en tener vendabal duro, y por mi parte creo que la escuadra combinada haría mejor la guerra á los ingleses fondeada en Cádiz que presentando una batalla decisiva. Ellos tienen con qué reponer las naves que les destroceamos en un combate; pero ni España ni Francia cuentan con los recursos marítimos de guerra que posee la Inglaterra. Además el reciente combate sobre el cabo de Finisterre ha hecho ver que la escuadra francesa es espectadora pasiva de las desgracias de la nuestra; sus buques han visto que nos apresaron los navíos San Rafael y Firme, y no hicieron ni un movimiento para represarlos, no pudiendo hacerlo los nuestros por las muchas averías que sufrieron de resultas del encuentro, y me temo mucho que en la accion que vamos á tener suceda otro



tanto... ¿Por qué salir el almirante francés de la bahía de Cádiz? Aquí obligaríamos á los ingleses á sostener un estrecho bloqueo, otro en Cartagena, donde hay armada, fuerzas navales, y otro tambien sobre Tolon. Para estos bloqueos tendrian que hacer grandes sacrificios: con el sostenimiento de tres escuadras en un invierno, que está próximo, y con las averías que forzosamente han de tener, conseguiríamos ventajas equivalentes á un combate. Pero no hay remedio; es preciso obedecer y ser víctima de la política y de los planes de Napoleon. Todo esto lo conoce el almirante francés; pero quiere á toda costa empeñar una accion, porque sabe que está mal con su gobierno, y quiere reparar su crédito antes de la llegada de su relevo, que sabe ha de estar en Cádiz de un dia á otro.» Contrariado tal vez en su esperanza de que saldría de aquel consejo una resolucion unánime, Villeneuve soltó algunas expresiones que hirieron la delicada susceptibilidad de Gravina y á las cuales contestó con acento severo: «Señor almirante, siempre que los españoles han operado con escuadras combinadas, han sido los primeros á entrar en fuego, y esto lo hemos demostrado recientemente en Finisterre,» recuerdo amargo que debió llegar al corazón de los franceses como una gota de hiel. El pundonoroso Galiano salió tambien á la defensa de su honra, y la discusion se acaloró en términos que se comprometió entre él y el contra-almirante Magon un lance particular, del cual los salvó á ambos por pocos dias despues una muerte gloriosa. La junta se disolvió «quedando acordado que se tuviese todo pronto para verificar la salida al primer momento favorable, teniendo por tal «aquel en que los enemigos» dividieran sus fuerzas para la proteccion de sus expediciones y de su comercio en el Mediterráneo.»

¡Pero qué contraste el de este consejo y lo que entre tanto pasaba en el campo enemigo! En el uno todo era desacuerdo, desconfianza y recelos: en el otro todo armonía, decision y patriotismo. El infatigable Nelson, apénas tuvo noticia en las Antillas de la recalada de los aliados á Europa, voló al estrecho de Gibraltar creyendo que tratarían de tomar el Mediterráneo.

neo. Agradablemente sorprendido con la noticia de que se hallaban en un puerto de Galicia, marchó solo á Inglaterra con el fin de acordar con los ministros el nuevo plan de campaña; y mientras se tomaban las disposiciones convenidas, fué á solazarse en la quinta de la indigna mujer á quien habia rendido su impetuoso corazón. Parecía allí olvidado de la mar, de sus planes, de sus enemigos y hasta de su propia gloria y de la Inglaterra cuando se le presentó un oficial del crucero de Cádiz anunciándole la entrada de la escuadra franco-española en aquel puerto. A este aviso, aquel genio adormecido se levanta, y, sacudiendo sus miserables pasiones, vuelve á Londres á ofrecer su vida al almirantazgo. Pocos dias despues, á la vista de su amigo Collingwood, comandante del crucero de Cádiz y su segundo en aquella campaña, le escribia lleno de confianza: «El enemigo no se nos puede escapar. Deseo que tengamos un hermoso dia. Le remito á V. mi plan de ataque. He previsto hasta donde puede uno atreverse á vaticinar en la posicion tan incierta que pueda tomar el enemigo; pero, mi querido amigo, mi plan le deja á V. completamente á sus anchas respecto á mis intenciones, y le dejo á V. y á su buen juicio en la más completa libertad para su ejecucion. No puede, querido Coll, haber entre nosotros mezquinas rivalidades; no tenemos los dos más objeto de mira que destruir al enemigo y conseguir una paz gloriosa para nuestra patria. Nunca hombre en el mundo tuvo mayor confianza que la que yo tengo en V. y nadie hace más justicia á sus servicios que su antiguo amigo, Nelson y Bronte.» Las memorables instrucciones á que se refiere son un testimonio maravilloso de lo que es dado alcanzar á la prevision humana á través de las densas tinieblas del porvenir y á despecho tal vez de la fortuna. «Si se descubre la escuadra enemiga al viento en línea de batalla, decia leyendo en lo futuro, y que las dos columnas y la division de vanguardia puede alcanzar esa línea *esta probablemente tendrá tal extension que la cabeza no podrá acudir en socorro de la cola.*» Esto fué precisamente lo que sucedió, por manera que los ingleses puede decirse que entra-